

de escritura. Y es que la esfera de la intimidad no tiene aquí ya un lugar tan preponderante, pues la interrogación se desplaza hacia otros ámbitos menos marcados por la confidencia y más por la especulación ensayística y teórica. Mucho de los años parisinos de López Ortega se vierte en estas notas: la difícil condición del extranjero en tierra ajena, la necesidad de construirse un mundo para hacerle frente al desarraigo, la solitaria escuela donde se aprende un oficio por definición solitario y, a la manera de un sentimiento difuso y ubicuo, la duda ante las promesas de la vocación y el miedo al fracaso. *Calendario* no es, ciertamente, un libro alegre y risueño, pero sí uno de los más lúcidos y necesarios que nos diera la literatura venezolana en los ochenta. Los apuntes que López Ortega dedica allí a la introspección y a la conciencia de sí en la escritura, o a la observación de su entorno como materia inane, o a la realidad del deseo y su llamado, cuentan indiscutiblemente entre las mejores páginas que le debemos. Leyéndolas, se piensa de inmediato en Barthes y en los post-estructuralistas franceses, se piensa también en el Julio Ramón Ribeyro de las *Prosas apátridas* (1975), pero sobre todo se descubre a un autor que se asienta en su propia voz, y con ella y en ella se mira mirándonos irónicamente, para decirnos, por ejemplo, que «toda buena escritura fomenta un asedio, una rebelión contra sí misma», o bien que como «espejo sinuoso pero fiel de la vida, la literatura sabe extraer cosecha de su propia muerte». El venezolano no sólo enuncia estas verdades una y otra vez sino que también las ejemplifica a través de una visión escatológica de su propio quehacer en la que abundan las metáforas corporales y carnales, y una insistente poesía del deseo. ¿Qué le queda al final, después de tanto observar, de tanto pensar y tanto escribir? «Algo habremos tenido que erigir en tan larga travesía —arriesga en la penúltima nota—, algo habremos engendrado en la orilla para no sentirnos del todo extraviados. Bogamos con remos limosos sabiendo que las voces que nos llaman brotan del espejo que hemos ido forjando en la orilla. Bogamos con remos perezosos sabiendo que no hay mayor travesía que la de sabernos observados por la fauna que nosotros mismos hemos proyectado, que la de creernos otro ante nuestra propia mirada».

Dos años más tarde, armado ya con esta experiencia de las posibilidades y los límites, López Ortega vuelve sobre muchos de los temas autobiográficos antes evocados en *Cartas de relación* y nos ofrece, con *Naturalezas menores* (1991), un libro que acaba erigiéndose rápidamente en una referencia frecuente en los estudios de la ficción breve

dentro y fuera de Venezuela. Muchos de los más de setenta cuentos que lo componen, a menudo de una o dos páginas, fueron leídos en un comienzo por la crítica como elementos de una fragmentaria y dispersa novela cuyo relato o historia principal sería la crónica de una infancia en un campo petrolero a mediados de los años sesenta. Nada parecía en verdad más idóneo para plantear entonces la necesaria recuperación del pasado común en una sociedad tan desmemoriada como la venezolana; nada más apropiado para sacar al cuento y al mini-cuento del registro fantástico o meramente anecdótico en el que tendían a instalarse. «Cultura cerrada como pocas —escribirá poco después el autor en su *Ars narrativa*—, cultura que sembraba los hábitos urbanos en un paisaje siempre indómito, cultura de la conquista, cultura que nos remite quizá a nuestro último ejercicio épico, el campo petrolero no es sólo esa figura de la vida que buena parte de nuestra literatura —desde Otero Silva hasta Mata Gil— ha visto con razonable prejuicio sino también ese universo cifrado que podía retener los rituales de un club social, la vida en familia, la iniciación sexual, la aventura escolar, la visión de mujeres cansadas y previsibles, o el hastío de hombres que se repiten». De todo esto y de mucho más nos hablan, ciertamente, los cuentos y mini-cuento de *Naturalezas menores*; pero habría que añadir, para ser justos, que, más allá o más acá de la virtual novela petrolera, pintan también la viva estampa de una clase media emergente, narran las innumerables peripecias de nuestros estudiantes en París y nuestros profesionales en los Estados Unidos, retrazan el destino de aquellos rostros ya olvidados de la foto escolar o el grupo de amigos, y, en fin, *last but not least*, nos deparan, con una imagen última, una serie de intensos momentos de poesía —véase «De rodillas» o el límpido «Delivrance».

A mediados de los noventa, López Ortega es uno de los narradores latinoamericanos que defiende con más entusiasmo esta nueva estética del texto corto y no tarda en sumarse al coro de voces que, en Europa y los Estados Unidos, empiezan a vincularla al concepto de postmodernidad. Así, en «Por una literatura menor», uno de sus ensayos más programáticos de esos años, escribe: «La expresión narrativa latinoamericana vive un momento de recogimiento, de contracción, en el que los grandes monumentos literarios parecen haber saldado una vieja deuda con tiempos y exigencias que ya no nos pertenecen». Y añade a renglón seguido: «Mucho más inseguros y perplejos, los narradores hispanoamericanos de nuestros días apuestan al relato breve, al frag-

mento, a la anotación de turno, al ensayo fronterizo en el que una narración bien puede ser un poema en prosa. Es la reacción natural frente a un mundo que ha logrado esfumar las certezas en las que se ha fundado o que ha disipado todo residuo ideológico». Inútil destacar con cuánta comodidad se mueve nuestro autor en este nuevo tiempo que, en más de un sentido, le recuerda el de sus orígenes literarios y le devuelve, actualizada, su primera tradición. *Lunar* (1998) es el libro que viene a consolidar su posición no sólo dentro de la nueva estética del fin de siglo sino también en el espacio más vasto de las últimas hornadas de escritores latinoamericanos. Por eso no es casual que se publique en México, en la colección Libros del Laberinto de la Universidad Metropolitana, uno de los más activos centros de estudio de la mini-ficción y el relato breve; por eso tampoco debe extrañar que, un poco más tarde, se traduzca al inglés y se edite en los Estados Unidos bajo el sello de Brookline Books.

*Lunar* es, en muchos aspectos, una continuación de *Naturalezas menores*, pero se distingue de él por su gama temática más amplia, por la manera como se exhibe el carácter eminentemente autobiográfico de un sinnúmero de relatos y también por el modo en que allí se incursiona en las zonas más diametralmente opuestas al discurso de la intimidad. Digamos que en el libro hay como un movimiento de péndulo, ya que si, por un lado, López Ortega prosigue la recreación de su anecdotario más personal y doméstico, por otro, explora las posibilidades de un contenido objetivismo en las dos últimas secciones, «Futuro y otros tiempos» y «Extremo». En ellas su experimento narrativo pareciera acercarlo a fenómenos como el del *ready made* o *l'art trouvé*, pues se trata de transponer o recontextualizar descripciones científicas, noticias, pequeños reportajes, recortes de prensa, conversaciones oídas o breves escenas urbanas. Pero lo cierto es que estos ejercicios van en una dirección diferente y suponen, a mi modo de ver, una interiorización de la estética del mini-cuento en tanto y en cuanto búsqueda minimalista del más imperceptible efecto. Con ello pasamos de un problema de extensión textual a otro de intensidad semántica, y de una función narrativa exacerbada o hipertrofiada a otra prácticamente suspensa. «¿Dónde está el relato?», pareciera preguntarnos el venezolano con muchos de sus textos. O mejor: «¿cuál es el más diminuto signo que delata su presencia?»

Es difícil saber por qué caminos ha de enrumbarse la narrativa corta de López Ortega en los próximos años y la verdad es que no me corres-

ponde hacer cábalas ni tratar de elucidarlo en este prólogo, algo que me temo sería una labor bastante arriesgada. Lo que sí cabe destacar, ya para concluir, es la coherencia y la entereza de una trayectoria que se cuenta entre las más interesantes que hoy puede ofrecernos la literatura venezolana. Tener la ocasión de revisarla para la edición de este libro, me ha regalado algunas tardes de lectura intensa y grata, que ahora afortunadamente podrán revivir otros y no sólo en Venezuela. Pero quizá lo que más se agradece al final de tantas páginas es esa fidelidad que, de la primera a la última, el autor tiene consigo mismo y con sus lectores. Y es que López Ortega no deja de ser nunca ese artista que está dispuesto a repetir una y otra vez, como en una serie de bocetos, la misma escena de amor, el mismo viaje, casi el mismo recuerdo de infancia, a sabiendas de que por muy perfecto que quede, algo se le escapa y siempre hay que volver a empezar la tarea pero desde otro ángulo, desde otro punto de vista más innovador, más justo e incondicionado. Cada una de sus historias nos dice así que hay un secreto y que ese secreto es inalcanzable pero no hay más remedio que seguirlo buscando. Con estas porfiadas astillas del taller de un escritor, y también con algunos de sus papeles y cuadros personales, para complacer al maestro Reyes, se ha ido construyendo a lo largo de veinte años esta singular y consecuente obra reunida.